

Enrique Garcés, Nuestro Lúcido Alucinado

GUSTAVO A. JACOME

Todos le llamábamos, afectuosamente, "el loco Garcés". Amigos, alumnos, conocidos. Para nosotros, los otavaleños, era nuestro lúcido alucinado. Su "locura" era trascendente, contagiosa. Era el motor de las grandes realizaciones, de las acciones en grande, hacia las cuales arrastraba, seducía, subyugaba. Lo vimos comandar el primer censo nacional. Fue, como su biografiado "Médico y Duende", el pionero de la higiene pública, y a él le correspondía ser el primer Ministro de Salud. Estudiante de Medicina todavía, expuso su vida por salvar otras vidas en "la guerra de los cuatro días". Le vimos iluminado por las llamas del incendio de la Universidad Central, allá por el año de 1930, salvando los libros de la biblioteca, mientras gritaba desorbitado: "¡Los libros! ¡Los libros! ¡Salvemos la cultura!".

Vivía siempre como en trance, en levitación de sus ojos visionarios. Como periodista, fue el célebre "Túpac Amaru", luchador por las causas nobles, desde las columnas del paradigmático diario "EL DIA". En sus arrebatos por el bien general, algo dijo acerca de la educación nacional que ya había iniciado su incontenible descenso hacia la mediocridad. Y tuvo que hacer frente al desafío de un debate público con el representante del Sindicato de Educadores de entonces. Respaldao a Enrique Garcés estuvieron los universitarios, cuando los universitarios eran estudiantes.

Periodista, dramaturgo, biógrafo, Enrique Garcés se prodigó en muchos géneros, y en todos ellos, con singular acierto. Exaltó en sus biografías los valores aborígenes: Espejo y Rumiñahui. Sabía que en ellos se encarnaba el orgullo de la autoctonía. Y los inmortalizó de perfil en nuestra historia. Habrá que releer los libros de Enrique Garcés y sus ingentes crónicas periodísticas para

justipreciar en debida forma el mensaje que nos dejó. Habrá que recolectar el chisperío de su ingenio prodigado en tantas anécdotas, en esos sus decires de gracia alucinante y a través de los cuales reveló la inmanencia de su talento.

¿Y qué decir de su amor a Otavalo? Enrique Garcés amó a su tierra natal con su congénita locura. La amó, no como a una madre, como a una mujer, apasionadamente. La quiso grande, progresista. El sugirió y patrocinó todo programa de adelantamiento. Fue obsesión suya hacer de Otavalo un centro de turismo. Inspiración suya fue la institución de la Fiesta del Yamor, con la tierra madre convertida en eucaristía para la comunión anual de los otavaleños, en un rito anteico: "Tomad y bebed, esta es mi sangre". Inspiración suya la exaltación en Otavalo de todo lo autóctono. Quería en alguna de nuestras plazas un monumento a la estatuaria longa otavaleña. Inspiración suya el adecentamiento de la Gruta de Monserrat. "No seamos tontos -decía con esa su conocida euforia-. Hagamos de esta Gruta una levenda mística. Nos inventemos unos milagros. Yo me presto para mentir, para decir científicamente que esta agua cura todos los males del cuerpo y del alma".

"¿Qué hizo Ud., Enrique Garcés, para nacer en este paraíso?" oíamos a un intelectual colombiano preguntarle, deslumbrado ante la hermosura de la tierra otavaleña hasta la cual le había llevado, desde Quito, para presentársela con jactancia entre filial y enamorada. Era una tarde de laguna y gaviotas. Enrique, con la emoción casi licuada, le contestó: "Quererla desde antes de nacer".

La ternura que se desborda en esta respuesta se aúna a la hondura filosófica. Quererla desde antes de ser. Desde el ancestro. Desde los lagos en aleteo. Desde la edad del monte bisabuelo. Desde los trigales en oro estremecido. Desde el reguero de mieses por valles y lomeríos. Desde la musiquilla de rondador de nuestros riachuelos. Desde todo este emporio de donosuras que es la tierra otavaleña, en cuya matriz se formaron nuestras neuronas, nuestros huesos, a su imagen y semejanza, y a la que algún día nos restituiremos, en un abrazo de eternidades.

"¡Quererla desde antes de nacer!" Por siempre. Para siempre